

VII.

LA JUVENTUD.

¡En los años! No, por Dios.
Yo no me fio en la cuenta,
Porque hay niños de cincuenta
Y viejos de veintidos.

R. V.—*La juventud.*

Si la juventud acaso
solo en los años se cifra
y el corazón no se cuenta,
Albino joven sería.
Pero hay almas tan terrestres
como los cuerpos que habitan,
almas viejas, en las cuales
nada grande halla cabida.
A Chateaubriand se le antoja
que Eva jamás fuera niña
y que tuviera quince años
al salir de la costilla;
y esto, sin haber tenido
catorce años en su vida.

Pues este raro fenómeno
no es tanto, si se examina
que lo mismo exactamente
sucede todos los días
y hoy muchas gentes que tienen
de cuarenta y cinco á arriba,
sin que diez y ocho ni veinte
hayan tenido en su vida.

¿Quién pudiera llamar joven
á aquel hombre calculista
que solo siente por números,
que solo quiere por cifras,
que ama por debe y haber
y que vive por partidas?

Y aunque cuenta veinticuatro
aquel otro, ¿quién sería
tan bárbaro que llamaba
joven al que es egoísta?
La juventud, sentimiento,
generosidad indica,
como el sol indica fuego,
como fuego dice vida.

También sucede al contrario
(y estas veces son rarísimas)
y hay jóvenes que al concluirse
su juventud primitiva,
otra juventud comienzan

la que con ellos termina.
 ejemplo es Guillermo Prieto,
 gloria de la patria mía,
 á quien regaló hace tiempo
 el mismo Apolo su lira.
 Qué ternura en sus canciones!
 Qué gracia en sus armonías!
 Qué fuego en todo, y en todo
 qué juventud se respira!

Hay flores que habiendo sido
 del jardín las favoritas,
 brillantes en sus colores,
 llenas de savia y de vida,
 tras de su breve reinado
 se las ve descoloridas,
 y así en languidez creciente
 permanecen varios días;
 y en vez de adornos gallardos
 son momias que escandalizan.
 Las mariposas junto á ellas
 pasan veloces, de prisa,
 sin detenerse, sin verlas,
 pues ni siquiera las miran,
 mientras que de sus hermanas
 la miel deliciosa liban.

Hay otras que también reinan
 en la bella edad estiva,

orgullo de los jardines,
 festejadas de las brisas,
 y ellas de las mariposas
 el inquieto vuelo fijan,
 así el sol las ha dejado
 cuando al Ocaso declina.

Estas, en solo un momento
 sin transición, se marchitan,
 y cuando el sol rutilante
 vuelve de Oriente á otro día,
 ve que han perdido estas flores
 la hermosura con la vida.
 ¡Dichosas, perpetuas jóvenes!
 ¿Quién ser ellas no querría?

Pero hay también otras rosas,
 (tal nombre no merecían)
 rosas que nunca han reinado,
 flores que nacen marchitas,
 que al abrirse son caducas,
 que al vivir no tienen vida.
 También así hay muchas almas
 (en los hombres y en las niñas)
 almas que nacen sin alas,
 aves que viven sin vista.

La de Albino era una de ellas,
 era un hombre que tenía
 en un raquíptico cuerpo

una alma tambien raquílica.
 Su abuela, mujer de juicio,
 muchas veces le decia
 que lo mismo que su cuerpo
 tuvo alma sietemesina.

Vino al mundo en las montañas
 no muy lejos de Colima,
 montañas donde lagartos,
 tigres é iguanas se crian.
 ¡Quién lo hubiera visto en ellas!
 A caballo todo el dia,
 con su reata amarrada
 en los tientos de la silla
 y la espada al lado izquierdo,
 que es su inseparable amiga.
 De latitud siete dedos
 y de peso cineo libras.
 Ancha banda en la cintura,
 y, como en la edad antigua,
 un escudo al brazo izquierdo
 que muchos golpes resistá;
 porque nada hay tan frecuente
 y usado en aquellos climas,
 como los pleitos, los golpes,
 los machetazos, las riñas.
 Es preciso que todo hombre,
 sin que esto excepcion admita,

tenga siempre un enemigo
 y un compadre que lo auxilia.
 Amigo iba á decir, pero
 esta palabra divina
 si se usara entre ellos, fuera
 dar á un cerdo margaritas.

De esta progenie era Albino,
 á quien don Cosme queria
 enlazar en santo vínculo
 con Pilar, que era su prima.
 Los tres están en su casa,
 ella triste y pensativa,
 el padre inquieto y mohino,
 y Albino que fuma ó silba.

Era el buen don Cosme un hombre
 nacido el siglo pasado,
 que siempre habia guardado
 sin mancha alguna su nombre.

De cuerpo era alto y robusto,
 blanca la tez, labios rojos,
 vivos y azules los ojos,
 frente ancha y semblante adusto.

Era su rostro imponente;
 plomizas canas velaban
 ambas sienas, y surcaban
 nobles arrugas su frente.

Sus setenta años de edad
no han gastado su entereza:
en fin, tiene la belleza
propia de la ancianidad.

Pilar tiene diez y ocho años,
es su mirada tranquila,
y ahora empañan su pupila
los primeros desengaños.

Elevada es su estatura
cual de la playa la palma;
tambien elevada su alma,
y su frente hermosa y pura.

Blanca como la azucena,
su tez fina y delicada;
parece que está alumbrada
siempre por la luna llena.

Bajo un peinado sencillo
se vé en sus cabellos bellos,
el color de los cabellos
de la Virgen de Murillo.

Sus grandes ojos parecen
que luz interior reflejan
y ahora adivinar dejan
pensamientos que entristecen.

Sin que ellos muestren enojos
fijos en la tierra quedan;
los alza al cielo y se ruedan

dos lágrimas de sus ojos.
¡Pobre niña, que la vida
creyó que era un sueño de oro!
Hoy, á través de su lloro
mira su ilusion perdida.

Como el pobre caminante
muerto de sed y fatiga
que oye en una fuente amiga
grato ruido susurrante,
y luego la busca ansioso
por la sed atormentado,
que la esperanza ha aumentado,
y va y viene sin reposo,
y adelanta y retrocede,
abre el ramaje tupido
y mas cerca aye el ruido,
pero encontrarla no puede;
parece que en sus engaños
goza la suerte enemiga
y esperanza solo abriga
para encontrar desengaños.

Así ella creyó al amar
encontrar lo que anhelante
soñó. ¡Pobre caminante
sediento! ¡Pobre Pilar!

Creyó que la vida entera
era en Primavera un prado,

por el sol iluminado,
 y que ese sol amor era.
 Al fin tras sueños dorados
 llegó del amor el día;
 y solo para él vivía
 corazón y alma estasiados.
 ¡Con cuánta ansia se recibe
 el bien, cuando se le alcanza,
 si de ese bien la esperanza
 ha mucho tiempo que vive!
 ¡Qué aprisa pasan las horas
 para esa alma bienhadada,
 encontrándose arrobada
 en quimeras seductoras!
 Se duerme uno sonriendo,
 mas, velando para el bien,
 se sigue en sueños también
 las dulces quimeras viendo.
 Y aunque no es interrumpido
 el éxtasis con soñar
 al punto de despertar
 se dice: "Cuánto he dormido!"
 Y si en tal voz se prorrumpe,
 teniendo en velar empeño,
 es que se juzga que el sueño
 el éxtasis interrumpe.
 Así amó Pilar. Químera

que pasó en muy breves días,
 mas gozó las alegrías
 de la eternidad entera.

Así cuando quien yo sé
 dijo, te amo..... ¡Virgen Santa!
 no tiene la dicha, tanta
 dicha como yo gocé.

El cielo se encerró en mí.
 Bien recuerdo todavía
 lo que entonces le escribía;
 por cierto, decía así:

" Bien conoces el cariño
 " que ileso mi alma mantiene:
 " toda la pureza tiene
 " con que ama á su madre el niño,
 " es un amor sin ejemplo
 " en el corazón humano....."
 " Algo hay, así ama el cristiano
 " la santa imagen del templo.
 " Es un fuego, es una llama,
 " es un sol, es todo un cielo.....
 " así de Dios bajo el velo
 " el ángel al ángel ama.
 " Toda mi vida es amarte,
 " ese es de mi ser el sino.

" Si toda mi alma examino,
 " ¿en qué lugar no encontrarte?
 " toda ella tu amor reclama,
 " porque amarte necesita.....
 " solo cuando no palpita
 " el corozon, no te ama.

.....
 " Tanto nos amó el Creador,
 " que despues de darnos todo,
 " El se nos dió, de tal modo,
 " que en nosotros es amor.
 " Y aunque tanto llegó á amarnos
 " quien tan ricos nos creó,
 " despues que el amor nos dió
 " ya no tuvo mas que darnos."

Oh! feliz quien llega á amar,
 y mas feliz (yo lo he sido)
 quien por amor no ha sufrido
 como la pobre Pilar.

Existe una alma á quien Dios
 con un amor sin segundo
 bendijo al entrar al mundo.....
 Pero me engaño, que hay dos.

Saben que El al desengaño
 prohibió que á ellas se acercara
 y que á los zelos mandara
 nunca les hicieran daño.

Bendijo con efusion
 con sus lábios amorosos,
 de estos dos séres dichosos
 la eterna y santa pasion.

No terminará jamas,
 porque para ellos la muerte
 solo será un lazo fuerte
 que vendrá á estrecharlos mas.

VIII

Agora nos partimos, Dios sabe el ayuntar.

Poema del Cid

—En su favor, por desgracia,
nada, Olivan, he logrado,
y bien me pesa; han salido
todos mis esfuerzos vanos.
Usted nunca para mí
ha sido un subordinado,
es un amigo. Me basta
el afecto sacrosanto
de Lina, y el gran cariño
de Fernandez. Me ha salvado
la vida, yo como un padre,
Olivan, le quiero y le amo,
y nada puedo.....

—Mi alférez,
así le respondió el cabo,
la desgracia nos persigue
y aun no se cansa su brazo,
y en lucha con el destino

quizá pronto sucumbamos.
Pero á usted, alférez Béjar,
le debemos tanto, tanto,
que temo bien que en la vida
nada haya con que pagarlo.
Usted espuso la vida
solamente por salvarnos
Y.....

—Ya no se hable mas de eso,
tal recuerdo me es ingrato,
y él solo hace que de una orden
que de recibir acabo
me alegre.

—¿Una orden?

—De marcha,

y mañana mismo salgo.
Por fortuna, hace dos meses
que tambien marchó para Ario
Ayala, y quizá no vuelva
en mucho tiempo. Entretanto
su persecucion maldita
los deja libres á entrambos.
—¿Y usted volverá?

—Quién sabe!

Cabo Olivan, los soldados
en ninguna circunstancia
con el porvenir contamos.

Que además, vamos tan lejos!

—¿Dónde?

—A Chihuahua marchamos.

El general Berriozabal,
con un valor temerario
lo ha dispuesto así, y entrega
la división á Camaño.

—Tal vez en el Manzanillo
pueden ir á embarcar.

—No, cabo;
irémos allá por tierra

el país atravesando,
aunque se halla por franceses
y traidores ocupado.

—¿El país?

—Sí, casi todo,
Michoacan, Guanajuato,
y también San Luis sin duda
y del Norte los Estados.

—Pero eso es mas que atrevido;
tan solo por un milagro,
alférez Béjar, pudieran
á Chihuahua llegar salvos,

—Llegarémos, Oliven,
de Dios nos proteje el brazo.

Yo tengo fé en Berriozábal.

—Dios los salve, dijo el cabo.

Mientras muda centinelas
Olivan, que está de cuarto,
no está por demás decir
que así en efecto llegaron.

Llegó á las imaginarias
Olivan; se levantaron
con los fusiles al hombro
y en filas en tres formados.
El cabo, que iba á su frente
llevaba el fusil al brazo.

—De frente, marchen.—Así
dijo con acento claro,
y primero al de las armas
se dirigió, y á seis pasos
de distancia de él, paróse
y dió luego la voz de alto.
Los que iban á la izquierda
inmóviles se quedaron,

y avanzó el otro hasta hallarse
del saliente á un solo paso.
El saliente y el entrante
la arma juntos presentaron
y el primero dió al segundo
las órdenes por lo bajo;
echaron armas al hombro
y el saliente siguió al cabo,

mas luego que llegó adonde
estaban los dos soldados,
presentó arma y rompió filas
sin orden ni voz de mando.

Despues con el centinela
de la puerta que da al patio
hicieron lo mismo, pero
arma al hombro el relevado
se fué á poner á la izquierda
del que aguardaba á seis pasos.
Así los dos precedidos
siempre por el cabo cuarto
relevan á un centinela
que estaba en punto avanzado,
y se vuelven los salientes;
cuando á las armas llegaron
dieron media vuelta y luego,
los fusiles presentando,
en el armero por su orden
y á un tiempo fueron dejándolos,
y despues rompieron filas,
es decir, se dispersaron.

Mientras que así sus deberes
estaba Olivan llenando,
se acercó á Béjar un hombre
de veinte á veintidos años.
Era de estatura baja,

la tez oscura y delgado,
ojos y nariz pequeños,
el cabello mucho y largo;
frente desigual y chica,
gruesos y grandes los labios.

Aunque era desconocido
para el jóven veterano,
con animacion hablaban
hacia ya mucho rato.

—Eso es, señor militar,
yo soy ese desgraciado,
por eso quiero noticias
sobre quién es ese vándalo.
Si he de decir la verdad,
mucho á Pilarcito amo
y á fé que mucho sintiera
mirarla de otro en los brazos.
Ella dice que ama á Ayala
y yo saber deseando
noticias de ese señor
he venido á molestarlo.

Antes de que respondiera
Béjar á Albino, entre ambos
vino Damiana á ponerse,
que todo habia escuchado.
Béjar se apartó prudente
al cuerpo de guardia entrando,

mientras Damiana contaba
de Ayala, vida y milagros,
Hasta el fin escuchó Albino
y se quedó estupefacto,
y fué todo al buen don Cosme
punto por punto á contarlo.

IX.

No, señor, estremos hagás
que tu menor sentimiento
será mi mayor desgracia.

CALDERON DE LA BARCA.—*Cuál es mayor
perfeccion.*

El sargento Juan Fernandez
ya de los cincuenta pasa
y es hombre á quien las fatigas
del servicio nunca cansan.
Siempre firme, siempre activo
en el cuartel y en campaña
parece, ó bien que es de acero
ó que en trabajar descansa.
Tiene aire marcial; delgado
y de estatura mas alta
que lo regular; morena
la faz por el sol tostada,
y á ambos lados de la frente
grandes arrugas se marcan.
Solo en torno de los labios